



VIVIR EL MILAGRO COTIDIANO DEL AMOR ECLESIAL

3ª Ponencia del IX EFCSM 2014

P. Luis Guillermo Robles Prada, S. de J.

© 2014. **Fundación Maior**

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

VIVIR EL MILAGRO COTIDIANO DEL AMOR ECLESIAL

Parte tercera del libro *El complejo antirromano. La integración del papado en la Iglesia Universal*, de Hans Urs von Balthasar.

«La Iglesia debe profundizar en la conciencia de sí misma, debe meditar sobre el misterio que le es propio [...] De esta iluminada y operante conciencia brota un espontáneo deseo de comparar la imagen ideal de la Iglesia —tal como Cristo la vio, la quiso y la amó como Esposa suya santa e inmaculada (cf. Ef 5,27)— y el rostro real que hoy la Iglesia presenta [...] Brota, por lo tanto, un anhelo generoso [...] de renovación, [...] frente al espejo del modelo que Cristo nos dejó» (Pablo VI, Carta enc. *Ecclesiam suam* (6 agosto 1964), 3; citada en EG26).

El P. Balthasar (como nos han expuesto los precedentes ponentes) en las primeras dos partes de su libro nos ha presentado a Jesucristo con su constelación histórica, concreta.

De su constelación forman parte su Madre, el Bautista, los Doce (con Pedro y Juan), Pablo. Con esta constelación Jesucristo forma su Iglesia.

Pedro no se puede comprender fuera de esta constelación, de la Iglesia concreta, histórica, que lo envuelve. Sobre todo no se le puede comprender separado del principio mariano que cobija y envuelve a la Iglesia con su amor. El Papa Francisco se refirió a este aspecto de la propuesta del P. Balthasar en una reciente entrevista:

«Hay que pensar que la Iglesia lleva el artículo ‘la’: es femenina desde su origen. El gran teólogo [Hans] Urs von Balthasar trabajó mucho sobre este tema: el principio mariano guía a la Iglesia junto al principio petrino. La Virgen María es más importante que cualquier obispo y que cualquiera de los apóstoles» (Entrevista del Papa Francisco al *Corriere della Sera*, 5 de marzo de 2014).

Pedro tiene en la Iglesia el carisma de dirección. Este carisma lo reviste de un ministerio cuyo poder no es de él; que hace de él un “representante” que nunca estará a la altura de lo que representa, del poder que efectivamente ejerce. Hemos visto cómo este carisma es garantía de la unidad de la Iglesia, que sin él se disgregaría, y de su libertad.

Su ministerio implica, en determinadas circunstancias, un aspecto que Balthasar llama “excentricidad”: a veces tendrá que ejercer su autoridad con dureza, cortando por lo sano, procediendo con el derecho por delante.

También este aspecto de excentricidad debe mantenerse arraigado en el centro de la constelación, que es Cristo. Su ejercicio está al servicio de este centro, lleva a él.

El carisma petrino, y el ministerio que conlleva, implican para la persona que los recibe una renuncia, un “ir más allá de sí mismo”. Pedro vive este aspecto de renuncia, de abnegación, de “perder la vida”:

- en el “alejamiento ministerial de sí” mismo (la objetividad del ser ministro, siervo, que debe renunciar a lo personal, a lo subjetivo);
- en el ser y saberse siervo inútil, que solo ha cumplido con su deber y no espera recompensa (cf. Lc 17,9s);
- al entregarse a un ministerio cuyo poder no es propiedad suya, sino que remite a Aquél que le lleva “a donde tú no quieres”, es decir, a entregar la vida (cf. Jn 21,17).

Por esto su renuncia —que es requerida a cada uno de sus sucesores— hace de él modelo de toda existencia cristiana en el seno de la constelación unitaria que es la Iglesia:

“Considerado objetivamente, Pedro da la medida válida e imprevisible de toda abnegación creyente y amante en la Iglesia. Tal es el milagro que nadie entiende y compromete a todos” (293¹).

Lo que el P. Balthasar expone en la tercera parte del libro que estamos estudiando —que aquí voy a intentar resumir sólo en parte, y en la medida de mis posibilidades explicar— es este milagro, que no concierne sólo a Pedro, sino a todos los católicos, a cada uno de nosotros, que estamos llamados a vivir la abnegación cristiana en la fe, la esperanza y la caridad (“el que quiera venir conmigo, que renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga” Mt 16,24). Sin esta abnegación, sin un intento humilde y serio de vivir en el milagro del amor eclesial, que nos precede y acompaña, la unidad de la Iglesia no se mantiene.

La abnegación cristiana, que cree, espera y ama, permite a cada uno “ir más allá de sí mismo”, en el milagro cotidiano del amor eclesial. De esto trata el capítulo VII del libro, y por tanto la primera parte de esta ponencia.

Ese mismo milagro, “que compromete a todos”, permite al conjunto de la Iglesia soportar la “prueba de esfuerzo”, o “prueba de ruptura”; una prueba verdaderamente “crucial”. Es decir, permite vivir las tensiones constitutivas de la Iglesia, sin que se rompa la unidad. De esto trata el capítulo VIII del libro, y por tanto la segunda parte de esta conferencia.

La única manera de superar el complejo antirromano, que quizá se anida secretamente, latentemente, en cada uno de nosotros, como un volcán dormido que en cualquier momento podría hacer erupción, es estar dispuesto a vivir “el milagro cotidiano del amor eclesial”.

¹ Cuando se indica sólo el número de página, se hace referencia al libro de 1974, *El Complejo Antirromano. Integración del papado en la Iglesia Universal*, de Hans Urs von Balthasar, editado por la B.A.C. en 1981, traducido por el P. Gumersindo Bravo y José Luis Albizu.

I. Amor como “ir más allá de sí” (cap. VII)

0. Introducción

En español el título del capítulo VII dice así “El amor autotranscendente”; en italiano lo han traducido “Amor como autosuperación”; al parecer, el original alemán no puede traducirse con facilidad en una lengua latina. Habría que decir algo así como “llevarse a uno mismo más arriba para superar un obstáculo”.

Quizá se entienda mejor con una metáfora visual: la capacidad de superar, por ejemplo un muro, pequeño o grande, brincándolo, o encaramándose a él; o superar una montaña pasando a través de un paso o puerto, o cruzando la cima.

El amor nos permite “ir más allá de nosotros mismos”, superar el obstáculo de nuestro egoísmo, de nuestra subjetividad, de nuestro punto de vista parcial, de nuestra experiencia limitada. Este obstáculo a veces se puede comparar a un muro, a veces a una montaña. El amor, la fe y la esperanza mueven montañas, y permiten superarlas.

El padre Balthasar dividió este capítulo en tres partes:

En la primera, cuyo título podríamos parafrasear así: “Ir más allá de sí en el milagro” nos describe como, en el milagro que es la Iglesia, se nos concede (y por lo tanto se nos exige) ir más allá de nosotros mismos en el amor, para hacer espacio, para abrirnos a los demás en vista de la unidad. Esto se ilustra brevemente con los ejemplos de cuatro figuras de la constelación de Cristo: María, Pedro, Juan y Pablo.

En la segunda y tercera parte aborda dos aspectos que nos ayudan a vivir este ir más allá de nosotros mismos en el amor:

La segunda, que lleva por título Fe y experiencia: nos invita a no absolutizar la propia experiencia, sino abrirse en la fe a la experiencia verdaderamente católica.

La tercera parte, titulada La “y” católica, nos invita a superar nuestra perspectiva parcial, para abrirnos, gracias al amor, a la catolicidad de la verdad. Para esto se toma el ejemplo de los santos, quienes con su sentido del humor pueden ser flexibles y maleables para salir de sí mismos y acoger la verdad del prójimo.

1. Ir más allá de sí en el milagro (que es la Iglesia)

La Iglesia es un misterio: es el cuerpo, la esposa, la plenitud de Cristo (cabeza y miembros). [Para profundizar, se puede acudir al Catecismo de la Iglesia Católica, números 748 y siguientes].

Es un milagro, también en su existencia visible, en sus instituciones, en sus miembros concretos, en nosotros. Un milagro de amor que hay que vivir cada día.

Es un milagro que surge del amor del Dios Trinitario:

- Dios Padre entrega a su Hijo en rescate por muchos (Mc 10,45) y derrama el Espíritu Santo en nuestros corazones (Rom 5,5).
- Nos lo da todo, en un amor que tiene la forma de renuncia: permitir que su Hijo vaya hasta la cruz, donde, al morir, “entregará el Espíritu”. (Jn 19,30).
- El amor de Dios, derramado sobre nosotros, exige – y concede – una respuesta de amor concreta, visible.
- Exige –y concede– entregarse a la unidad concreta del amor de Dios en Cristo: al don concreto de la Eucaristía (el don del Cuerpo y la Sangre de Cristo) y de la efusión del Espíritu Santo.

La Iglesia es esa realidad, preparada por el Padre para su Hijo (para que sea su Cuerpo, Esposa, plenitud), que recibe y custodia, en una forma concreta, ese don: la Eucaristía y el Espíritu Santo. En

ella se recibe y se transmite ese don.

A partir de la unidad del don de Dios, recibida en la renuncia de cada uno a sí mismo (“el que quiera venir conmigo, que renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga” Mt 16,24) brota la unidad del amor eclesial.

“La Iglesia existe siempre concretamente como comunidad, es la asamblea concreta de los que han creído en el amor y consentido en recibirlo en el bautismo, en la Palabra, en la Eucaristía, en el amor fraterno” (305).

Esta unidad del amor, que es respuesta, que es renuncia, abandono, ir más allá de sí, dar espacio al otro, es el núcleo de la unidad de la Iglesia, que se despliega inseparablemente tanto en sus aspectos institucionales como en sus aspectos carismáticos.

No bastaría el aspecto carismático, vivencial, de este amor; esta unidad, este milagro que es la Iglesia, tiene un aspecto bien visible, y en esta visibilidad, en los aspectos institucionales, también se pone a prueba el amor eclesial.

¿Cómo debe acoger cada uno esta unidad que viene de arriba?

No es una acogida pasiva; más bien exige un esfuerzo de consentimiento y cooperación, un ponerse a disposición, un realizar lo que se recibe en la fe: ir “más allá de sí”, también con renuncia y abnegación, para hacerse Iglesia.

El modelo primordial de este acoger es María: por eso ella es el símbolo real por excelencia de la Iglesia.

También los otros miembros de la constelación de Cristo son modelos para nosotros de esta acogida, pues cada uno de ellos “va más allá de sí”, se abandona, renuncia a sí mismo en vista de la unidad, hace espacio a los otros. Por eso cada uno es un pilar de la unidad eclesial.

El P. Balthasar evoca aquí, para ilustrar este “ir más allá de sí” en el amor cuatro personajes de la constelación de Cristo: María, Pedro, Juan y Pablo.

María: Está completamente a disposición de Dios: del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; durante toda su vida, de manera patente en la Encarnación y en la Cruz. Es a la vez Madre fecunda y virgen sierva. Actúa dejando hacer, abriendo espacios, como en las bodas de Caná, donde nos invita a seguir su actitud: “haced lo que él os diga” (Jn 2,5). No se pone en primer plano, deja espacio para los demás. Dios puede disponer de ella, ampliar su maternidad “más allá”, hasta hacer de ella Madre de la Iglesia: para que su amor envuelva a la Iglesia. Dios puede disponer de ella hasta ponerla en primer plano (por ejemplo en la devoción popular, en las apariciones).

Pedro: “es el ministerio, la obligación de actuar empeñando toda su persona; pero exclusivamente en nombre de y conforme a las intenciones del Señor, que necesita de alguien, poco importa quién, para concretar su propia autoridad. Hay, por tanto, una retracción petrina de la persona ante el ministerio” (298), es la manera de retirarse y desaparecer de Pedro, que se “va más allá de sí” en el ministerio. Por esto mismo puede ser puesto en primer plano: “tú eres Pedro... (Mt 16,18) confirma a tus hermanos” (Lc 22,32).

Juan: Va más allá de sí dejando que el Señor disponga de su amor –el amor del discípulo predilecto– y lo otorgue a Pedro (“me amas más que estos” Jn 21,15). Sabe “desaparecer” para que aparezca sólo el Señor, y al mismo tiempo sabe iniciar a la Iglesia en su amor. Une a Pedro (a quien acompaña continuamente tras la resurrección del Señor) con María (quien le es confiada en la Cruz), sin ponerse en primer plano, antes bien todo lo contrario, “desapareciendo”. Por eso el Señor puede “arrebatarlo” para en el Apocalipsis, hacerlo su portavoz ante la Iglesia.

Pablo: “tiene que desaparecer como persona, pero no como *typos* [modelo] de la comunidad, como imitador de Cristo, como aquel a quien mirar y donde aprender lo que es la universalidad católica (1 Cor 11,1). Convirtiéndose precisamente en un modelo impersonal” (301). “En su persona debe mostrar todas las formas de ser cristiano y recomendar que se le imite como a objeto expuesto, espectáculo para todo el mundo” (ibid.). En esto está su “excentricidad”, que el llama “locura” (2 Cor 11-12); una “indiferencia” capaz de sacrificar su propia personalidad para convertirse en “instrumento de demostración”.

“En los cuatro casos contemplamos, pues, la renuncia y el abandono de sí en el milagro que es el amor de Dios derramado en el mundo. Concretamente, este amor es Jesucristo y su Espíritu comunicado, el milagro que por propio poder crea el vaso de recepción, el «amén», la fe, la obediencia gozosa que conduce a la libertad del amor. Esta libertad exige el abandono del yo limitado y egoísta; pero este abandono, esta respuesta, este «sí» al amor eterno, el creyente los recibe existencialmente como gracia, y el encuentro con esta gracia que da y se da es la raíz de la Iglesia, el punto de su origen. La misma ley primordial se observa en las cuatro maneras de encarnarla y representarla” (302).

La unidad de la Iglesia no se puede encerrar en una unidad abstracta; es una unidad fundacional, con un origen histórico concreto, realizada en misiones otorgadas a personas concretas, que constituyen la constelación de Cristo.

Cada una de las personas que constituyen esta constelación (aquí sólo hemos considerado cuatro principales a manera de ejemplo) ha logrado “ir más allá de sí” mediante la renuncia y el abandono de sí en el milagro que es la Iglesia, realizando así concretamente la unidad de la misma.

Cada una es un modelo al que debe mirar la Iglesia en cada momento de su historia, sin poder reducirlas a un modelo único.

“El cuádruple camino será... el que han de recorrer todos los cristianos y todas las comunidades de la Iglesia católica” (303).

2. Fe y experiencia

“La experiencia puede ser el denominador común de las diversas corrientes que atraviesan la Iglesia de nuestros días” (304).

Estas corrientes pueden ser de lo más variado: desde comunidades de base que buscan vivir la opción preferencial por los pobres hasta grupos que celebran la liturgia según la forma extraordinaria (Misal de San Pio V); desde el Opus Dei hasta los grupos de Renovación Carismática; además de todos los movimientos, habidos y por haber (que en esto tienen su punto fuerte, pero a la vez su talón de Aquiles). También cualquier pequeña capilla en la que podamos pensar, y hasta este Encuentro.

Quienes participan en estas realidades viven experiencias más o menos intensas. Todas ellas, en la medida en que permanecen dentro de la catolicidad, son fe vivida, experiencia de la vida cristiana.

Lo importante es no olvidar que:

“Mi experiencia es siempre mi experiencia, la estimo a mi propia medida y la refiero siempre a mí mismo. La fe, por el contrario, es... superación de sí. Lo es en razón de la renuncia a sí, objetiva y presente siempre en el evento de Cristo: «Ninguno de nosotros vive para sí y nadie muere para sí» (Rom 14, 7), porque, «si uno solo ha muerto por todos, todos han muerto» (2 Cor 5, 14)” (306).

“Este hecho es universal, y la fe que lo afirma se extiende a todo y doquiera bajo la forma arquetípica y originaria del «sí» mariano y conforme a la verdad de las primeras peticiones del padrenuestro. Por esta razón, la fe debe sobrepujar toda experiencia que se repliegue sobre sí, presta a renunciar a ella para desapropiarse más profundamente y dilatarse más ampliamente” (306).

Un ejemplo antiguo de experiencia que se repliega sobre sí: La Iglesia de Corinto. Absolutizó sus experiencias carismáticas, de tipo Pentecostal; a partir de esto se opuso a la autoridad de San Pablo, quien la había fundado. Por esto San Pablo, además de dar un buen repaso a los Corintios, dice que no quiere predicarles otra cosa sino el escándalo y la locura de la Cruz, para hacerlos volver a la objetividad de la fe. Poco después el Papa Clemente tendrá que volver a llamarles la atención, porque habían vuelto a rebelarse contra el ministerio.

Un ejemplo en la edad moderna: Lutero. Absolutiza la experiencia, su experiencia: lo importante es sentirse salvado. No está dispuesto a renunciar a esta experiencia; por mantenerla está dispuesto a sacrificar todo, por eso, en cuanto su reforma es contrastada, rompe con Roma. A partir de esta absolutización perdió la integridad de la fe, la unidad y la libertad de la Iglesia. La norma de la fe se vuelve en él puramente subjetiva (libre examen).

Todas las experiencias que mencionábamos arriba se pueden absolutizar, replegar sobre sí mismas, hasta hacerlas norma suprema de lo supuestamente “católico”, con el resultado de alejarse cada vez más de la verdadera catolicidad. Podemos pensar en ejemplos llevados al extremo:

- Sólo son de facto Iglesia las comunidades de base, sólo quien se compromete con los pobres de la manera en que ellas lo hacen.
- Sólo la misa con el Misal de San Pío V es válida. La reforma litúrgica del Vaticano II es obra de una conspiración anticatólica. (Esto es lo que el Papa Francisco llama “uso ideológico de la forma extraordinaria del Rito Latino”).
- Quien no ha hecho una experiencia de tipo catecumenal no sabe bien rezar, ni confesarse, ni participar en la eucaristía...
- En la práctica sólo tal movimiento es en verdad la Iglesia, todo lo demás es caduco, está destinado a desaparecer...

Lo malo es que de estas absolutizaciones se siguen consecuencias prácticas:

- Quien piensa que sólo su grupo es la Iglesia, comienza a atropellar a todo lo demás; al fin y al cabo, está destinado a desaparecer, y mejor que se vaya dando cuenta, que no consuma recursos y deje espacio para lo que sí vale. Por este mecanismo, que es prepotencia, se pueden cometer graves atropellos.
- Por la misma razón ciertas realidades esenciales para la Iglesia, como la vida consagrada, en sus formas concretas, pueden ser rechazadas como “vestigios del pasado”. Todas excepto las formas de vida consagrada que nazcan del grupo, por supuesto (pero con un presupuesto tan poco “católico” ¿podrá eso ser vida consagrada?).
- Se puede hacer un juicio semejante, a veces externa y públicamente, sobre riquezas espirituales de la Iglesia (formas de devoción, “métodos” de oración, libros espirituales, etc.) se consideran caducas simplemente por el hecho de que no las utiliza mi grupo.
- O también sobre aspectos institucionales de la Iglesia: si mi grupo no trabaja en parroquias, comienzo a pensar y afirmar que las parroquias no sirven para nada.
- En los casos más extremos, se considera tan importante el propio grupo o movimiento, que uno comienza a exentarse hasta de la moral y la legalidad. Con tal de mantener y promover la propia

experiencia todo vale.

Por lo anterior, y por otros abusos semejantes, el Papa Francisco nos advierte en *Evangelii Gaudium*:

“Una verdadera novedad suscitada por el Espíritu no necesita arrojar sombras sobre otras espiritualidades y dones para afirmarse a sí misma” (EG 130²).

Aquí hay que añadir que tampoco las experiencias negativas deben ser absolutizadas...

- Alguien, por ejemplo, podría haber tenido malas experiencias con miembros de algunos movimientos... pero no por eso se puede descalificar en bloque a todos los movimientos. Tampoco, partiendo de exageraciones de algunos miembros de un movimiento, se debe descalificar a todo el movimiento.
- Algunos obispos han tenido malas experiencias con la vida consagrada en sus diócesis. Lo importante es no absolutizarlas, no perder de vista el lugar que la vida consagrada tiene en la Iglesia. No perder la mirada de fe. De otro modo se buscará reducir la presencia de la vida consagrada en la diócesis, sin darse cuenta de que con esto se provocará una gran pérdida.

Volviendo al tema general del encuentro: Si absolutizo mi experiencia, mientras el Papa sea más o menos de mi “línea”, de mi “corriente”, simpatizante de mi grupo o movimiento, todo va bien... Pero en cuanto es más o menos de otra línea o corriente, o cuando empieza a ser más exigente respecto a mi movimiento o grupo... entonces surge mi Complejo antirromano, que quizá nunca había percibido, simplemente porque desde que tengo uso de razón los Papas eran de mi agrado. (Esto vale para quienes tengan hasta 45 años). ¡Papa sí, pero no este, porque se mete con mi experiencia!

Ahora el Papa Francisco quizá nos descoloca un poco (según de qué línea seamos), puede ser que nos toque donde nos duele, que nos recuerde cosas que teníamos un poco olvidadas, de las que no se hablaba mucho en nuestra particular experiencia eclesial. Precisamente así nos hace ver en qué hemos absolutizado nuestra experiencia, en dónde tenemos necesidad de ir más allá de lo nuestro, de abrirnos, de ir más allá de nosotros mismos, para vivir la plenitud del Evangelio y el milagro del amor eclesial.

“El hombre natural no da jamás la talla que mide el milagro de la unidad católica, debe dejarse dominar objetivamente por ese milagro y tiene que hacer la experiencia fundamental de la fe, despojándose dolorosamente de sus medidas subjetivas. Y, si honradamente trata de vivir el amor cristiano, la experiencia decisiva la hará renunciando a su satisfacción subjetiva. Será la experiencia de dilatarse y expansionarse bajo la acción de la fe y de hacerse católico. Entonces sentirá desarrollarse su inteligencia de la existencia real en la cruz, y, allende la cruz, en la resurrección de Cristo” (306).

Un ejemplo de esta experiencia decisiva se da cuando una persona que pertenecía a un movimiento entra en alguna de las formas de vida consagrada (que no sean de su movimiento, por supuesto). Tiene que despojarse de su experiencia subjetiva, renunciando a muchas cosas que creía indispensables, para tomar la forma objetiva del amor cristiano en una regla y forma de vida concreta. Si no está dispuesta, arruinará su vocación. Pero si está dispuesta, brillará una vez más el milagro del amor eclesial.

Esta experiencia decisiva, que participa del dolor de la cruz, participa de su fecundidad:

² La exhortación apostólica del Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, del 24 de noviembre de 2013, se citará con la sigla EG.

“En la comunión, aunque duela, es donde un carisma se vuelve auténtica y misteriosamente fecundo” (EG 130).

El gran riesgo de la experiencia que se hace absoluta, que se repliega sobre sí misma, que no está dispuesta a renunciar a su punto de vista parcial, que huye de la comunión que duele, es el riesgo del sectarismo (lo propio se va asemejando cada vez más a una secta) y finalmente el riesgo del cisma (la secta se separa de la unidad de la Iglesia). Pensemos en el caso de los Lefebrianos. En este proceso se pierde la “y” católica, de la cual tenemos que hablar ahora, por lo cual se comienza a andar el camino que conduce a la herejía.

3. La “y” católica

Para comprender el título de esta sección, hay que tener presente la polémica de Lutero contra la Iglesia católica. Lutero, y con él los demás “reformadores”, propone ciertos “solos” en contraposición a la “y” católica.

La fe sola, la Escritura sola, la gracia sola, en contraposición a la posición católica: fe y obras, naturaleza y gracia, razón y revelación, Escritura y Tradición (y otras combinaciones posibles: fe y razón, gracia y libre albedrío, etc., porque la “y” crea toda una red de relaciones).

Lutero y los reformadores absolutizan una parte, negando la otra, haciendo en el fondo lo mismo que todos los herejes y cismáticos:

“Todo uso impropio de la verdad consiste en una independización de lo fraccionario en perjuicio de la totalidad” (TL1: VM 127³). “La verdad parcial que usurpa una parte de la verdad y que se establece así aparte de la totalidad caracteriza la esencia de las herejías y las sectas” (TL1: VM 128). “Es un hecho que cada herejía condenada por la Iglesia se reduce a una parte contrapuesta al todo, que se proclama absoluta” (309).

En cambio permanece católico quien

“tiene coraje de decidirse por la catolicidad de la verdad, de situar el centro gravitatorio de su existencia en el Cristo concreto, en el *Christus totus* [Cabeza y cuerpo: el Señor y su Iglesia]... y de reconocer el carácter desesperadamente parcial de su propio horizonte espiritual, sabiéndose necesitado de complemento” (308s).

Permanezco católico si reconozco que necesito superar mis “sólos” para acoger la “y” católica: no vale sólo mi experiencia, vale mi experiencia y la de los demás; no sólo lo mío; vale lo mío y lo del otro; no sólo lo que yo comprendo, también lo que comprenden los demás; no sólo lo que a mí me gusta, lo que me atrae, lo que me es más conforme; también lo demás.

“Siempre el escándalo [que es el inicio de la herejía y del cisma, pero también nuestro escándalo cotidiano] está en un trazado de límites ante una verdad más amplia, en la fijación de una perspectiva finita a la que atribuimos carácter absoluto, perspectiva que no queremos ya reconocer como parte y expresión de una verdad infinita que la excede... El hombre admite fundamentalmente este escándalo cuando se separa del amor. Pues el amor es lo que

³ El libro de 1985 (primera versión de 1947) de Hans Urs von Balthasar, *Teológica I. Verdad del Mundo*, editado en Español por Encuentro en 1997, traducido por Lucía Piossek y José Pedro Tosaus, se citará con la siguiente sigla: TL1:VM

asegura el punto de vista omnicomprendido, imposible de alcanzar cognoscitivamente. En el amor se abre a sí mismo sin condiciones, y por eso está abierto también a toda verdad que le excede a él y a su personal punto de vista. En el amor está dispuesto a hacer valer más de lo que él puede ver y juzgar. El amor es receptividad que da crédito a toda verdad ajena para revelarse como tal” (TL1: VM 128).

En el amor se puede vivir una sana pluralidad, que es complementariedad. A esto nos invita el Papa Francisco:

“La Iglesia, que es discípula misionera, necesita crecer en su interpretación de la Palabra revelada y en su comprensión de la verdad... Las distintas líneas de pensamiento filosófico, teológico y pastoral, si se dejan armonizar por el Espíritu en el respeto y el amor, también pueden hacer crecer a la Iglesia, ya que ayudan a explicitar mejor el riquísimo tesoro de la Palabra... esa variedad ayuda a que se manifiesten y desarrollen mejor los diversos aspectos de la inagotable riqueza del Evangelio” (EG 40). “Por razones análogas, necesitamos escucharnos unos a otros y complementarnos en nuestra captación parcial de la realidad y del Evangelio” (EG, nota 44 al n. 40).

Por esto el Papa nos pide a abrirnos al otro, en una actitud verdaderamente católica, dispuesta a “ir más allá de sí”, a ir más allá de nuestras sospechas, temores, defensas:

“El ideal cristiano siempre invitará a superar la sospecha, la desconfianza permanente, el temor a ser invadidos, las actitudes defensivas que nos impone el mundo actual... el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro... La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros”. (EG 88)

Para lograr esto el P. Balthasar nos propone seguir el ejemplo de los santos, que

“no carecen, en una palabra, del sentido del humor, que, bien entendido, es un carisma misterioso, pero innegable y característico, de lo católico, y que falta a todos los «progresistas» y a todos los «integristas»” (310).

Ese sentido del humor permite no tomarse demasiado en serio; no absolutizar el propio punto de vista parcial, ser confiado en el encuentro con el otro, “salvar la proposición del prójimo” como diría San Ignacio de Loyola (Ejercicios Espirituales 22).

Esto lo ilustra Balthasar citando un par de textos de Chesterton:

“En la fuerza perfecta hay una ligereza, una ingravidez que le permite flotar en el aire. Los ángeles pueden volar, porque se toman a la ligera. Tal fue siempre el instinto de la cristiandad... La soberbia es una decadencia total con solemnidad de baratija. Se cae y se instala al ras de una gravedad egocéntrica, cuando en cambio tendría que volar en el gozoso olvido de sí. La gravedad no es virtud...” (312).

“Cuando queremos estimar realmente las cosas como son..., iniciamos un proceso de ascesis espiritual, un éxodo de nuestro propio ser, que nos permite penetrar en la plenitud de las cosas” (312).

En esta misma línea podemos citar lo que el Papa Francisco decía recientemente (27 de febrero) a la plenaria de la Congregación para los Obispos:

“La Iglesia no necesita apologetas de las propias causas, ni cruzados de las propias batallas, sino sembradores humildes y confiados de la verdad, que saben que esa verdad siempre se les entrega de nuevo y se fían de su poder”.

Esta humildad, que confía en la verdad que le es donada “de arriba” permite evitar ser, “monolítico”, “rígido e inflexible”, y darse cuenta que

“la verdadera firmeza del católico es dúctil y maleable, por no estar apegada a sí misma y encerrada en criterios personales, y por apoyarse en Dios que es *semper maior*, siempre más grande” (311).

Con la ayuda de Péguy, el P. Balthasar profundiza en esta misma idea:

“la actitud dúctil y maleable [es] la auténticamente cristiana... que Péguy no confunde con el laxismo, pues compromete al hombre más enteramente y requiere un amor más profundo que las obstinaciones cómodas” (314).

En el fondo es este amor más profundo lo que sostiene la “y” católica.

“El amor es lo contrario de la actitud sectaria de creerse siempre en posesión de la verdad. Está inclinado a hacer valer antes la verdad ajena que la propia. Tiene la libertad de afirmar toda la verdad, aún la que no ve directamente... está tan convencido de la totalidad de la verdad; en el acto de entrega de sí mismo está tan seguro, que se halla preparado hasta para renunciar a su punto de vista parcial en aras de esta totalidad... Lo auténtico de la verdad se muestra en que la verdad parcial está siempre dispuesta a renunciar a sí misma cuando la totalidad de la verdad está en juego... Ninguna perspectiva personal expresa toda la verdad; ésta, por el contrario, se encarna en el mundo sólo a través del amor” (TL1: VM 129).

II. *La prueba de esfuerzo (crucial, de ruptura)*

0. Introducción

El título del último capítulo de *El Complejo Antirromano* hace referencia a un término técnico: la “prueba de esfuerzo”, o “prueba de ruptura”, a la que se somete un material. El P. Balthasar usa esta metáfora para indicar cómo, no obstante las tensiones que son constitutivas de la Iglesia, la unidad de la misma no se rompe si sus miembros permanecen en el milagro cotidiano del amor eclesial, del que hemos hablado en la primera parte de esta ponencia. En español este capítulo lleva por título “La prueba crucial”: una prueba que hace referencia a la cruz que cada uno debe llevar en el seguimiento de Cristo.

El capítulo se divide en tres partes:

La primera, titulada *El cuarteto apostólico* trata sobre los cuatro pilares o columnas de la constelación cristológica tras la Resurrección y Ascensión de nuestro Señor (Pedro, Juan, Santiago y Pablo); sobre sus relaciones de complementariedad, y sobre cómo determinan la “vitalidad y la forma eclesial de siempre”.

La segunda sección de esta parte aborda tres cuestiones particulares que prácticamente no abordaremos en la ponencia: La veracidad; el aprendizaje constante de la Iglesia y del ministerio; el criterio del depósito intacto.

La segunda parte, titulada *¿Roma eterna?*, no la enfrentaremos aquí. Trata sobre las relaciones entre la Iglesia y el Imperio, y sobre el problema del poder temporal que los papas ejercieron hasta el s. XVIII.

La última parte, titulada *“A donde tú no quieras”* (Jn 21,18), trata sobre la forma de Cruz del ministerio petrino, que exige a quien lo detenta “dar la propia vida” por las ovejas, siguiendo a Jesucristo, Buen Pastor.

1. El cuarteto apostólico

Hemos de volver aquí al tema de la “constelación” de Cristo. Esta constelación no se puede concebir como una pirámide, en cuyo vértice está Pedro. El vértice; el centro corresponde siempre a Cristo. Cada miembro de la constelación se orienta a Él, se relativiza en Él, en Él se encuentra con los demás miembros.

La misión de Pedro, aún siendo singular y tan importante, no se entiende si se le separa de las demás misiones presentes en la constelación.

Tras la Resurrección de Cristo y su Ascensión, la constelación de Cristo cambia un poco. María, como Madre de la Iglesia, tiene respecto a la constelación una función envolvente. Su amor y su “sí” sostienen y permean el amor y el sí de toda la constelación y de cada uno de sus miembros.

Además entra en escena Santiago, hermano del Señor (Gal 1,19), hijo de Cleofás y de María la de Cleofás, obispo de Jerusalén, que fue agraciado con una aparición de Cristo (1Cor 15,7), es el autor de la *Carta de Santiago*, martirizado por lapidación en el año 62, en Jerusalén (según cuenta Flavio Josefo).

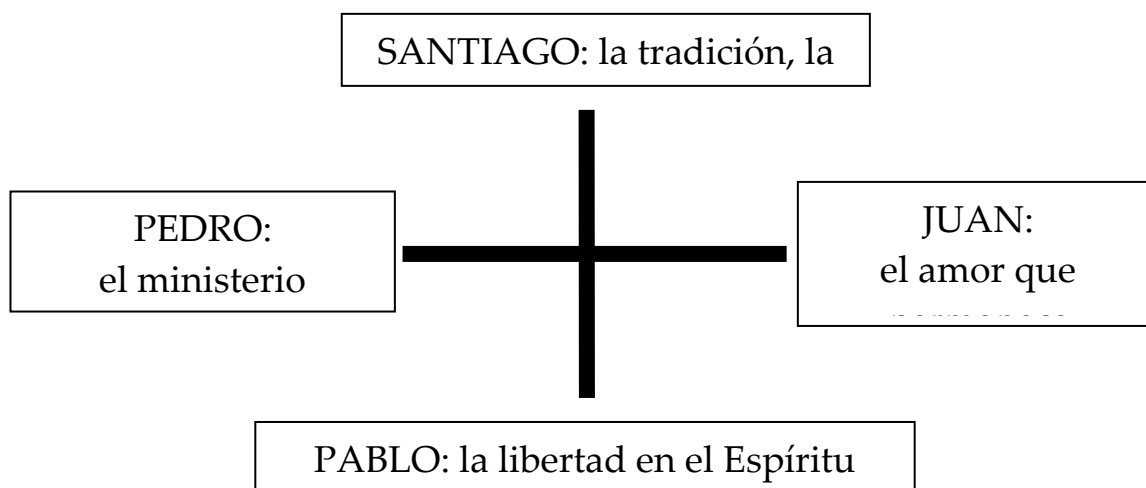
No hay que confundirlo con Santiago “el mayor”, hijo de Zebedeo, uno de los Doce (apóstoles), martirizado en Jerusalén por decapitación entre los años 41 y 44 (Hch 12,2). Al parecer tampoco hay que confundirlo con Santiago hijo de Alfeo, otro de los Doce; aunque sobre esto hay todavía alguna discusión.

Santiago, hermano del Señor, es el representante de los judíos que han abrazado el cristianismo. Como tal propondrá en el Concilio de Jerusalén (Hch 15) la solución para zanjar los problemas que surgieron entre cristianos venidos del judaísmo y cristianos venidos del paganismo: Quienes vienen del paganismo no han de ser obligados a guardar las prescripciones de la ley (por ejemplo la circuncisión).

Comparando la *Carta de Santiago* con las cartas de San Pablo, principalmente *a los Gálatas*, y *a los Romanos*, se ve cómo Santiago actúa como contrapeso y complemento a la doctrina de Pablo. Sin este complemento la doctrina de Pablo se puede radicalizar en sentido Lutero (por eso Lutero quiso quitar del canon la Carta de Santiago).

San Pablo, en el segundo capítulo de la Carta a los Gálatas, se refiere a Santiago como una de las columnas de la Iglesia: “reconociendo la gracia que me había sido concedida, Santiago, Cefas [Pedro] y Juan, que eran considerados como columnas, nos tendieron la mano en señal de comunión a mí y a Bernabé”. La cuarta columna es el mismo Pablo.

“He ahí a los cuatro que dominan el campo de fuerzas de la Iglesia naciente. No son más que cuatro, y determinan definitivamente, entre constantes tensiones soportadas hasta el fin, la vitalidad y la forma eclesíásticas de siempre. Podemos simplificar en un esquema⁴ el modo como se cruzan las misiones de este cuarteto (316s):



Cada “columna” hace hincapié en un aspecto de la catolicidad, sin absolutizarlo. Hay una “ósmosis” y “acción recíproca” entre ellas. Por ejemplo Santiago predica “la ley perfecta de libertad” (St 1,25); Pablo afirma “me complazco en la ley de Dios según el hombre interior” (Rm 7,22); y pide a los cristianos que se dejen amonestar por los ejemplos del Antiguo Testamento (1 Cor 10,11); Pedro recibe su oficio a partir del “me amas más” (¡más que Juan!) (Jn 21,15); Juan es un apóstol, tiene que gobernar y amonestar, en modo petrino, a su comunidad. Existe una tensión constitutiva entre las misiones, pero todas se mantienen en la catolicidad, porque se mueven

“al interior de la unidad del Cuerpo de Cristo y al interior, por ende, del valor envolvente del fiat materno, del amor envolvente tácitamente supuesto, donde cada una de las misiones particulares se comunican con las otras y forman un conjunto inseparable” (317)

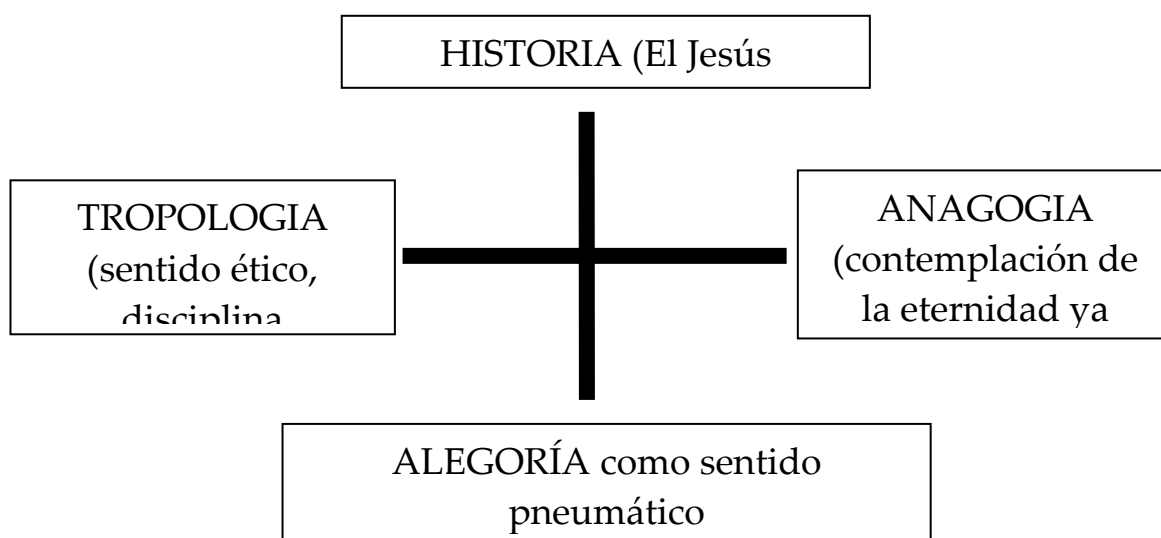
⁴ “El esquema del cuarteto es una simplificación, no pone de relieve sino las orientaciones principales... la unidad de la Iglesia encierra posibilidades siempre nuevas e imprevisibles de unión e integración” (332).

Podemos iluminar la propuesta de Balthasar con un par de textos del “programa” del Papa Francisco:

“[El Espíritu Santo] es quien suscita una múltiple y diversa riqueza de dones y al mismo tiempo construye una unidad que nunca es uniformidad sino multiforme armonía que atrae... No haría justicia a la lógica de la encarnación pensar en un cristianismo... monocorde” (EG 117).

“El modelo no es la esfera, que no es superior a las partes, donde cada punto es equidistante del centro y no hay diferencias entre unos y otros. El modelo es el poliedro, que refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad... Aun las personas que puedan ser cuestionadas por sus errores, tienen algo que aportar que no debe perderse... A los cristianos, este principio nos habla también de la totalidad o integridad del Evangelio que la Iglesia nos transmite y nos envía a predicar” (EG 236-237).

El P. Balthasar propone, “simplificando” y “reduciendo” un poco “la riqueza de cada uno de los cuatro” principios, hacer una aplicación a los cuatro principios exegeticos (de interpretación de la Escritura) de la tradición antigua y medieval⁵, que “subsisten, en forma tenue, en la exégesis moderna” (318):



⁵ Catecismo de la Iglesia Católica:

116 El sentido literal. Es el sentido significado por las palabras de la Escritura y descubierto por la exégesis que sigue las reglas de la justa interpretación. "Omnes sensus (sc. sacrae Scripturae) fundentur super litteralem" (S. Tomás de Aquino., s.th. 1,1,10, ad 1) Todos los sentidos de la Sagrada Escritura se fundan sobre el sentido literal.

117 El sentido espiritual. Gracias a la unidad del designio de Dios, no solamente el texto de la Escritura, sino también las realidades y los acontecimientos de que habla pueden ser signos. El sentido alegórico. Podemos adquirir una comprensión más profunda de los acontecimientos reconociendo su significación en Cristo; así, el paso del Mar Rojo es un signo de la victoria de Cristo y por ello del Bautismo (cf. 1 Cor 10,2).

El sentido moral. Los acontecimientos narrados en la Escritura pueden conducirnos a un obrar justo. Fueron escritos "para nuestra instrucción" (1 Cor 10,11; cf. Hb 3-4,11).

El sentido anagógico. Podemos ver realidades y acontecimientos en su significación eterna, que nos conduce (en griego: "anagoge") hacia nuestra Patria. Así, la Iglesia en la tierra es signo de la Jerusalén celeste (cf. Ap 21,1-22,5).

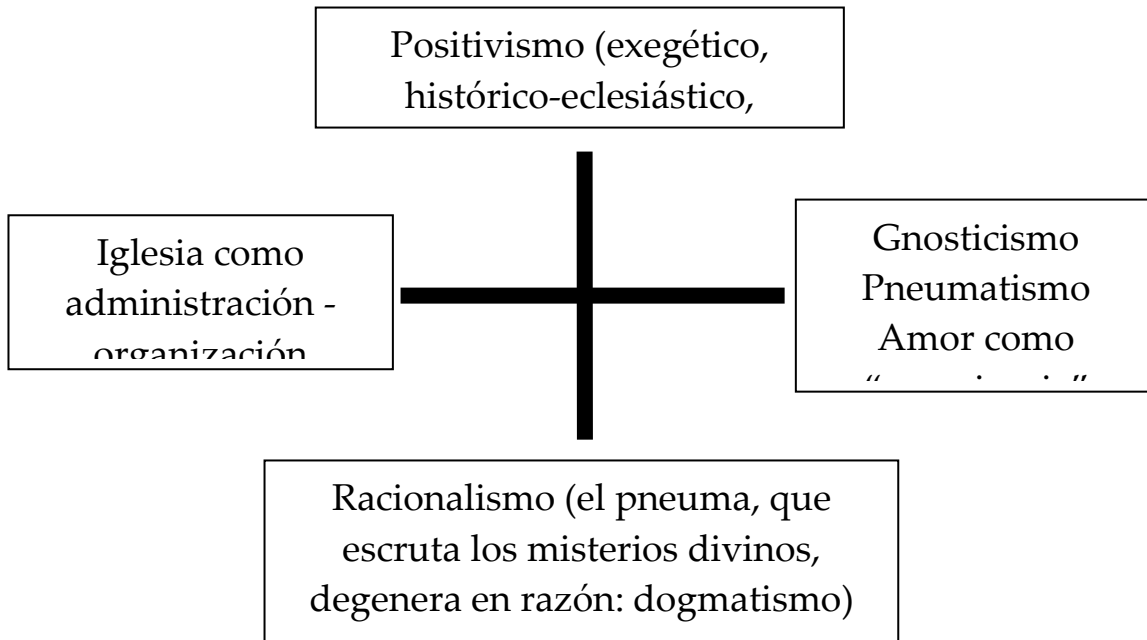
118 Un dístico medieval resume la significación de los cuatro sentidos:

"Littera gesta docet, quid credas allegoria,

Moralis quid agas, quo tendas anagogia"

(AGUSTÍN DE DACIA, Rotulus pugillaris, I: ed. A. Walz: Angelicum 6 (1929), 256.

También en esta aplicación se ve cómo los principios son complementarios; por ejemplo, si separamos al Jesús histórico del Cristo de la fe, perdemos al único, a Jesucristo⁶. Una ética (o disciplina) cristiana que no tenga la mirada puesta en la eternidad, se vuelve anticristiana. Una espera histórica de la venida del Señor, que no quiera servirlo hoy en la carne del hermano, también se vuelve anticristiana.



En el este esquema [arriba, por motivos gráficos] (319), el P. Balthasar ejemplifica algunas de las posibles consecuencias de absolutizar cualquiera de los cuatro principios:

El P. Balthasar dice que “el esquema no necesita explicaciones”; aquí seremos un poco menos optimistas, e intentaremos ilustrar el esquema con algún ejemplo:

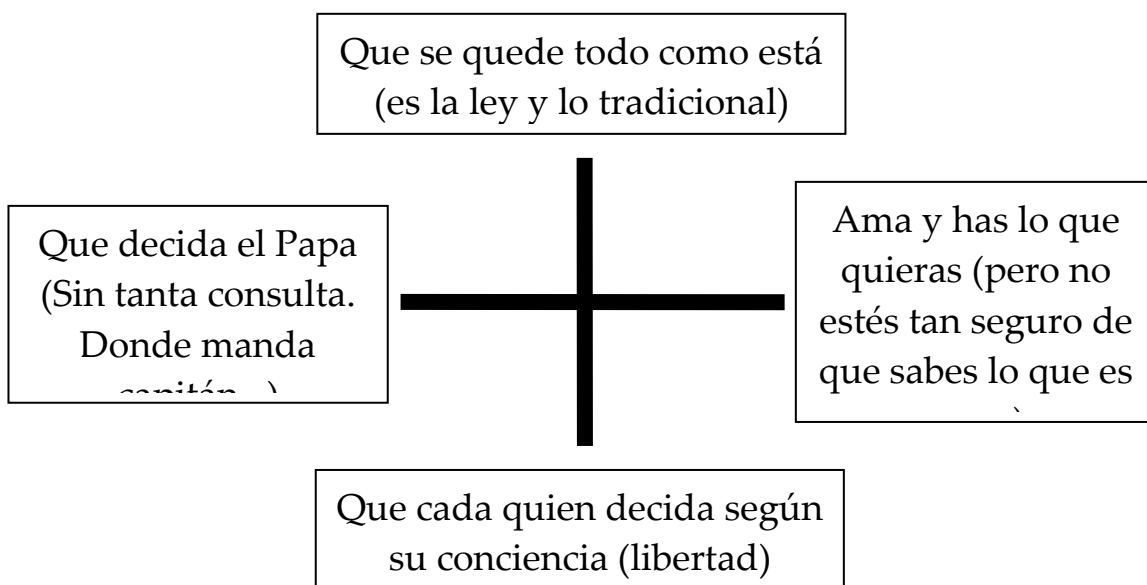
- El positivismo: simplificando mucho, consiste en quedarse en los hechos, sin intentar explicarlos: así dice la Biblia; así se hace en la Iglesia; así dice el credo (o un dogma). Un ejemplo extremo: recientemente un miembro de la comunidad Valdese italiana (simplificando, un protestante), proponía en un libro, para evitar las divisiones ecuménicas respecto a la eucaristía, limitarse a lo que dicen los Evangelios y Pablo, sin agregar explicaciones; así la pregunta ¿recibo realmente el cuerpo y la sangre de Cristo? sería un pecado, un abuso contra el misterio, causa de la división entre cristianos.
- La Iglesia como administración: sería quedarse sólo en lo institucional: diócesis, parroquias; que todo funcione bien, que todo esté burocráticamente controlado. El Papa Francisco señala muchas veces la tentación de reducir la Iglesia a esto. Un ejemplo actual de esta unilateralidad puede ser la tendencia a prescindir de la vida consagrada, que siempre descuadra un poco lo institucional.
- Gnosticismo es cuando decimos “eso está bien para el pueblo sencillo, nosotros (los iniciados) que sí sabemos, que sí amamos, explicamos y hacemos las cosas de este modo”. El pneumatismo es parecido: “nosotros sí tenemos el Espíritu, por eso juzgamos todo y sentenciamos a todos”. Sobre el “amor” como experiencia ya tratamos más arriba. En todos estos casos falta el complemento de lo institucional.

⁶ Esto lo explica muy bien Benedicto XVI en sus introducciones a los tres libros *Jesús de Nazareth*.

- Racionalismo es lo contrario del positivismo: una explicación que se separa del hecho que quiere explicar, que no respeta el misterio. A veces, respecto de la eucaristía, se ha querido explicar demasiado, sin respetar el “real y misteriosamente presente”. La discusión sobre la naturaleza y la gracia llegó a tales niveles que el Papa tuvo que ordenar que terminara.

Para ejemplificar como los cuatro principios del cuarteto apostólico “determinan definitivamente, entre constantes tensiones soportadas hasta el fin, la vitalidad y la forma eclesíásticas de siempre” (316s) podemos hacer una aplicación al tema que actualmente tiene en “tensión” a la Iglesia, y que puede convertirse en una verdadera “prueba de ruptura”: la cuestión del acceso a los sacramentos de la confesión y de la eucaristía para los divorciados que han contraído civilmente nuevas nupcias.

Simplificando mucho, podemos hacer un esquema que muestre lo que tendencialmente, como actitud, diría cada uno de los cuatro principios.



Es importante ver que la tendencia de cada principio provoca “tensión” en la unidad eclesíástica, pero no necesariamente división; antes al contrario, la tensión enriquece, si cada principio se abre a los demás:

- así, por ejemplo, el amor sabe que no sería tal si ignorase la autoridad, la conciencia, la ley-tradición; si uno en verdad ama, entonces nunca querrá ir contra los otros principios y por tanto nunca hará algo contra ellos ni romperá el cuadro.
- lo mismo puede decirse de la conciencia, que no es verdaderamente cristiana sin referencia al amor, a la ley-tradición, y a la autoridad. (Esto lo explicó muy bien el entonces Card. Ratzinger en su artículo Conciencia y verdad; la conciencia tiene un aspecto de anámnesis, no es autoreferencial).
- la suprema ley de la Iglesia y el sentido interno de la tradición, es el amor; la ley-tradición presupone también la conciencia que la acoge, y la autoridad que la proclama, interpreta y defiende.
- finalmente la autoridad sabe que está dentro de una tradición, sujeta a una ley; está al servicio del amor, y quiere ser acogida con amor; supone y respeta la conciencia, pues la verdadera obediencia es libre.

Esta variedad de posiciones, esta “tensión”, es constitutiva para la Iglesia, y la enriquece, si se vive “en el respeto y amor”. Podemos ilustrar esto con un texto de *Evangelii Gaudium*:

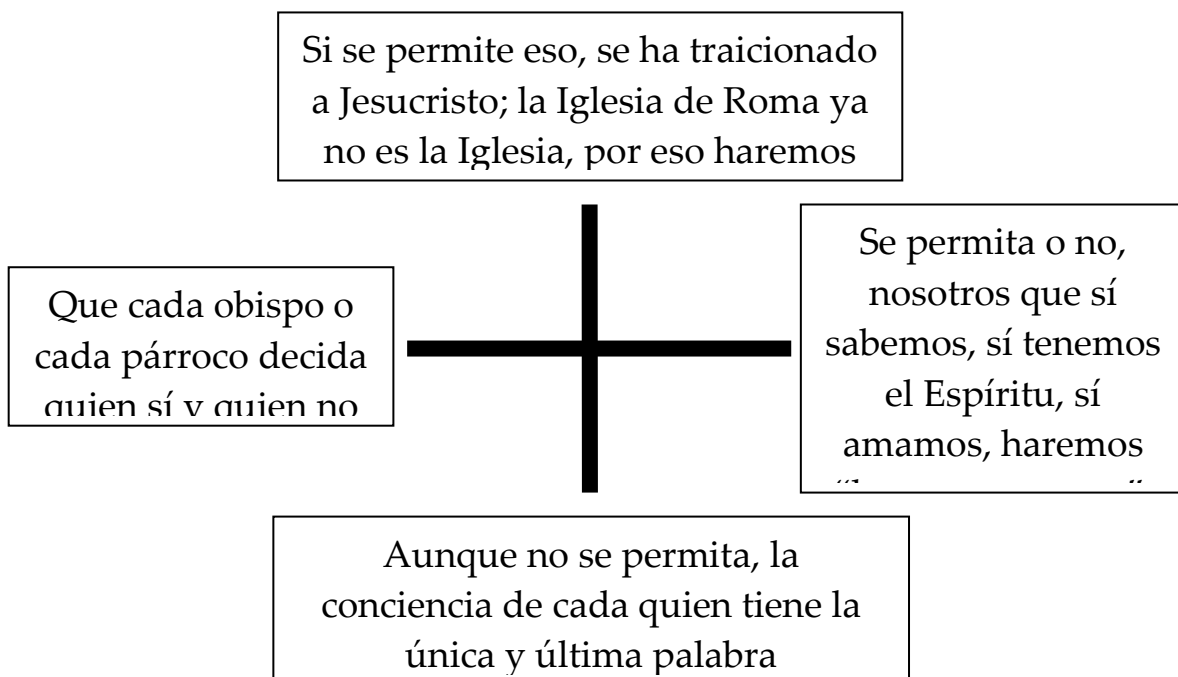
“En el seno de la Iglesia hay innumerables cuestiones acerca de las cuales se investiga y se reflexiona con amplia libertad. Las distintas líneas de pensamiento filosófico, teológico y pastoral, si se dejan armonizar por el Espíritu en el respeto y el amor, también pueden hacer crecer a la Iglesia, ya que ayudan a explicitar mejor el riquísimo tesoro de la Palabra. A quienes sueñan con una doctrina monolítica defendida por todos sin matices, esto puede parecerles una imperfecta dispersión. Pero la realidad es que esa variedad ayuda a que se manifiesten y desarrollen mejor los diversos aspectos de la inagotable riqueza del Evangelio” (EG 40).

En el caso presente, la cuestión es muy difícil y espinosa. El Papa ha buscado abrir una verdadera discusión al respecto, promoviéndola con iniciativas concretas. Por eso dice en una entrevista reciente, al ser preguntado por el último consistorio donde se trató el tema:

“Me hubiese preocupado que en el consistorio no se desatara una discusión intensa, porque entonces no habría servido para nada. Los cardenales sabían que podían decir lo que quisieran y presentaron puntos de vista diferentes, que siempre son enriquecedores. El debate abierto y fraterno hace crecer el pensamiento teológico y pastoral. Eso no me atemoriza. Es más: lo busco” (Entrevista del Papa Francisco al *Corriere della Sera*, 5 de marzo de 2014).

El papa nos invita a rezar por el Sínodo que tratará la cuestión. Hay que rezar, para que la “tensión” se mantenga dentro de la unidad y la caridad; para que de un fruto, y para que lo que se decida sea acogido por todos (aunque quizá nadie quede contento con la solución). Para que el milagro que es la Iglesia soporte una vez más la “prueba de ruptura”.

Este tema nos permite también ilustrar lo que podría suceder si los principios eclesiales se desentendiesen unos de otros, absolutizándose:



Recordemos una vez más que la tensión es constitutiva, y que es una gracia que el Espíritu Santo concede a la Iglesia. Aunque a veces duela, la tensión es fecunda:

“El Espíritu Santo también enriquece a toda la Iglesia evangelizadora con distintos carismas. Son dones para renovar y edificar la Iglesia [LG 12]. No son un patrimonio cerrado, entregado a un grupo para que lo custodie; más bien son regalos del Espíritu integrados en el cuerpo eclesial, atraídos hacia el centro que es Cristo, desde donde se encauzan en un impulso evangelizador. Un signo claro de la autenticidad de un carisma es su eclesialidad, su capacidad para integrarse armónicamente en la vida del santo Pueblo fiel de Dios para el bien de todos... En la medida en que un carisma dirige mejor su mirada al corazón del Evangelio, más eclesial será su ejercicio. En la comunión, aunque duela, es donde un carisma se vuelve auténtica y misteriosamente fecundo” (EG 130).

Sería más cómoda una Iglesia “monocorde”, con una “doctrina monolítica”; el único “pequeño” problema es que no sería la Iglesia de Cristo, tal como él la quiso y fundó. No sólo la división es mala, también una “uniformidad” y “homologación” artificiales:

“Las diferencias entre las personas y comunidades a veces son incómodas, pero el Espíritu Santo, que suscita esa diversidad, puede sacar de todo algo bueno... La diversidad tiene que ser siempre reconciliada con la ayuda del Espíritu Santo; sólo Él puede suscitar la diversidad, la pluralidad, la multiplicidad y, al mismo tiempo, realizar la unidad. En cambio, cuando somos nosotros los que pretendemos la diversidad y nos encerramos en nuestros particularismos, en nuestros exclusivismos, provocamos la división y, por otra parte, cuando somos nosotros quienes queremos construir la unidad con nuestros planes humanos, terminamos por imponer la uniformidad, la homologación. Esto no ayuda a la misión de la Iglesia” (EG 131).

En una Iglesia que es plural, que no es “monolítica”, ni “monocorde”, ni “uniforme y homologada”; es decir, en una Iglesia en la que subsisten las diferencias – pues son constitutivas –, puede surgir la “contestación”, normalmente contra el principio petrino de la misma, pues es quien tiene en ella la responsabilidad última en las decisiones que afectan a todos. Para el P. Balthasar la contestación no es siempre ni necesariamente un mal...

“La contestación tiene su puesto legítimo y su verdadera forma en la *paraclesis* del Nuevo Testamento. Esta palabra significa propiamente, en sus diversas acepciones, apelar, convocar, hacer venir, invitar, estimular, interpelar, exhortar, incitar, urgir, conjurar, rogar, animar, aplacar y consolar” (321).

El ejemplo neotestamentario de “contestación” por excelencia es el que Pablo refiere en la carta a los Gálatas (Gal 2,11-14). Como corrige a Pedro cuando éste, por deferencia a los judeocristianos, dejó de comer en compañía de los gentiles. Si lo corrige, es porque Pedro le importa, en el fondo porque lo ama.

Esta “corrección fraterna”, esta *paraclesis*, siempre será necesaria en la Iglesia, porque somos humanos, y por nuestras deficiencias tendemos a romper el equilibrio eclesial (cf. 322). También puede ser necesaria respecto al ministerio de Pedro y sus sucesores:

“Como este ministerio lo ejercen siempre hombres naturalmente falibles, tiene necesidad

de la cooperación vigilante, pero al mismo tiempo amante, de todos, para que en su ejercicio concreto se guarde el grado de «infalibilidad» propio del ministerio como tal. Esto significa exactamente que un Papa no ejercerá sus funciones de modo fecundo para todos sino a condición de ser reconocido y amado eclesialmente – también en medio de todas las *paraclesis* y de todas las contestaciones” (314).

En esta *paraclesis* son los santos el ejemplo a seguir; el P. Balthasar cita algunos ejemplos: Catalina de Siena va a buscar al Papa a Aviñón, para hacer que regrese a Roma; Pier Damiani denuncia la simonía y el relajamiento de costumbres del clero; Ignacio de Loyola modera discretamente los excesos de la Inquisición; Francisco de Asís no tiene necesidad de contestar nada, su sola presencia y el carisma recibido bastan para “reconstruir” la Iglesia. Todo esto lo hacen movidos por el Espíritu Santo, por amor y en el amor. Por eso su acción es fecunda.

Dentro del marco del “cuadrilátero apostólico”, y con una referencia a esta *paraclesis*, que a veces es también “contestación”, el P. Balthasar examina tres cosas, de las que sólo trataremos muy brevemente.

a) *Veracidad (honestidad, autenticidad)*

A veces dentro del diálogo eclesial, también en el caso particular de la *paraclesis*, se toma unilateralmente el criterio de la veracidad, olvidando en la Iglesia que la verdad se realiza en el amor (Ef 4,15).

Hay una falsa veracidad, honradez, sinceridad: es la que dice las cosas sin amor. Te “canto las cuarenta”, aunque te hunda, aunque no te haga ningún bien.

Sin el amor, la verdad se falsea. Es el amor el que me indica cómo, cuándo, a quién debo decir la verdad; sobre todo si es una verdad difícil, una verdad que pide conversión.

Además del amor nace el “idealismo” cristiano. No te veo (ni te juzgo, ni te digo con una falsa “sinceridad”) como estás, sino como puedes estar, como verdaderamente estás en la intención de nuestro Padre celestial.

b) *Aprendizaje constante de la Iglesia y del ministerio*

Este aprendizaje es necesario para vivir el milagro de la unidad, dentro de las tensiones constitutivas de la Iglesia. Hay que aprender, siempre de nuevo, cómo interactuar con los demás, cómo abrir mi experiencia a otras experiencias, cómo acoger, mediante la “y” católica, lo que los demás tienen que aportar.

Los últimos papas han tenido muy presente esta necesidad de aprender cómo ejercer su ministerio. Juan Pablo II se interrogó sobre cómo ejercer el primado. Benedicto XVI, con su renuncia, ha realizado una reforma del papado. Francisco se pregunta sobre la conversión del papado:

“Dado que estoy llamado a vivir lo que pido a los demás, también debo pensar en una conversión del papado. Me corresponde, como Obispo de Roma, estar abierto a las sugerencias que se orienten a un ejercicio de mi ministerio que lo vuelva más fiel al sentido que Jesucristo quiso darle y a las necesidades actuales de la evangelización. El Papa Juan Pablo II pidió que se le ayudara a encontrar «una forma del ejercicio del primado que, sin renunciar de ningún modo a lo esencial de su misión, se abra a una situación nueva» [Carta enc. *Ut unum sint* (25 mayo 1995), 95]. Hemos avanzado poco en ese sentido. También el papado y las estructuras centrales de la Iglesia universal necesitan escuchar el llamado a una conversión pastoral... Una excesiva centralización, más que ayudar, complica la vida de la Iglesia y su dinámica misionera” (EG 32).

c) *El criterio del “depósito intacto”*

En todas las interacciones dentro del “cuadrilátero apostólico”, en toda *paraclesis* eclesial, incluso en toda auténtica contestación, el presupuesto debe ser el amor, y el criterio a seguir debe ser que el depósito de la fe se mantenga intacto.

Aquí el padre Balthasar propone un criterio: hay que mantener “la seriedad escatológica de la fe”: esta seriedad consiste en reconocer y profesar que el envío de Cristo y la entrega del Espíritu Santo son la oferta definitiva de salvación de parte de Dios Padre.

Este debe ser “el centro de gravedad escatológico” en toda interacción, en toda discusión o contestación. Lo que nos mantiene unidos al centro de la Iglesia e impide la disgregación. Lo que nunca debería resultar oscurecido.

Para entender mejor esto, el P. Balthasar da algunos ejemplos de pérdida de la seriedad, del centro escatológico.

“El amor joánico puede degenerar en un sentimiento general de ortopraxis y humanitarismo, y emplear los criterios de «transformación de estructuras» para la distribución más equitativa de bienes. La tradición de Santiago puede inducir a apearse escrupulosamente, como integrista y reaccionario, a las formas recibidas... El hacerse todo-para-todos paulino puede degenerar en un *aggiornamento* diplomático, abierto a todas las modas y a todos los caprichos y gustos” (337).

En todos estos casos se pierde o se deja en segundo plano lo esencial: Dios Padre nos ha salvado enviándonos a su Hijo y donándonos su Espíritu Santo.

- o -

Al final de esta parte, el P. Balthasar recuerda que al ministerio de Pedro y sus sucesores corresponde – tras un diálogo con los otros principios – la responsabilidad última de las decisiones que afectan a la catolicidad. Podemos ilustrar esto con unas palabras del Papa Francisco sobre Pablo VI y la encíclica *Humanae Vitae*, y con una descripción de cómo él entiende su responsabilidad:

“Su genialidad fue profética, pues tuvo el coraje de ir contra la mayoría, de defender la disciplina moral, de aplicar un freno cultural, de oponerse al neomalthusianismo presente y futuro” (Entrevista del Papa Francisco al *Corriere della Sera*, 5 de marzo de 2014).

“El Papa no está solo en su trabajo, porque es acompañado y aconsejado por muchos. Estaría solo si decidiese sin escuchar, o si sólo aparentase escuchar. Pero hay un momento, cuando se trata de decidir, de firmar, en el cual está solo con su sentido de responsabilidad” (*ibid*).

El Papa tiene la última palabra, la responsabilidad última, ante Dios, en el ejercicio de su ministerio. Pero no tiene la única palabra, ni es el único responsable ante Dios. Todos tenemos, en el amor, una corresponsabilidad respecto del ministerio petrino. No dejemos solo al Papa, oremos por él.

2. Roma Eterna

(Esta sección no se tratará en la ponencia)

3. “Adonde tú no quieras” (Jn 21,18)

Cuando nuestro Señor confiere el ministerio a Pedro, al final del Evangelio de Juan, le promete el martirio, con estas palabras:

“«En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras». Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme»” (Jn 21,18-19).

Esta invitación a seguir al Señor, para quien recibe el ministerio petrino, considerado el contexto (“apacienta a mis ovejas” v. 17), implica dos cosas que van unidas: ejercer el ministerio del buen pastor y su extrema consecuencia porque “el buen pastor da su vida por las ovejas” (Jn 10,11).

Este dar la vida pertenece constitutivamente al ministerio: el Papa debe dar la vida, aunque no necesariamente muera mártir. Da la vida ya en el momento de aceptar el ministerio, de dejarse “expropiar”, casi casi “secuestrar”, para una misión, en la que pierde hasta su nombre propio. (Simón – Pedro; Mercurio – Juan II; Jorge Mario – Francisco).

Otro aspecto de este misterio del dar la vida es el ser colocado en el “último puesto”: “Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos” (Mc 9,35) dice el Señor a los discípulos. El sucesor de Pedro está llamado a ser el “siervo de los siervos de Dios”. Toda su vida es para la Iglesia.

San Pablo, a partir de contrastes muy fuertes con la comunidad que había fundado en Corintio, profundizó este aspecto del “último puesto” del ministerio: “Porque pienso que a nosotros, los apóstoles, Dios nos ha asignado el último lugar, como condenados a muerte” (1Cor 4,9 Se puede leer todo el capítulo, así como los capítulos 10 a 13 de la Segunda Carta a los Corintios, para ver qué significa en la práctica ese ser colocado en el último puesto). No sólo Pablo tuvo problemas con su comunidad, en el Nuevo Testamento queda constancia de que Juan, Santiago (el de Cleofás) y Judas Tadeo tuvieron problemas parecidos. Lo que vale para los apóstoles – y los obispos – vale aún más para Pedro y sus sucesores.

Sí, porque a veces la comunidad, o una parte de ella (parroquia, grupo, diócesis, Conferencia Episcopal, etc.), se olvida de la gracia, comienza a juzgar a sus ministros, o al Papa, sin amor. Entonces se comprende la descripción que hace San Pablo, corrigiendo a los Corintios, de lo que la comunidad cristiana hace a veces a los apóstoles (y a sus sucesores):

“Despreciados... Somos abofeteados... Si nos insultan, bendecimos. Si nos persiguen, lo soportamos. Si nos difaman, respondemos con bondad. Hemos venido a ser, hasta ahora, como la basura del mundo y el desecho de todos. No os escribo estas cosas para avergonzaros, sino más bien para amonestaros como a hijos míos queridos” (1Cor 4,11-14)

Nos podría parecer exagerado, si no tuviésemos ejemplos recientes de lo que sucede cuando, aprovechando algún pretexto, resurge con fuerza el Complejo antirromano, y el Papa es maltratado. Recordemos lo que sucedió al Papa Benedicto XVI tras la remisión de la excomunión a los obispos lefebrianos. El Papa lo describió en una carta a los obispos:

“Se desencadenó así una avalancha de protestas, cuya amargura mostraba heridas que se remontaban más allá de este momento... Me ha entristecido el hecho de que también los católicos, que en el fondo hubieran podido saber mejor cómo están las cosas, hayan pensado que debían herirme con una hostilidad dispuesta al ataque. Justamente por esto doy gracias a los amigos judíos que han ayudado a deshacer rápidamente el malentendido y a restablecer la atmósfera de amistad y confianza... A veces se tiene la impresión de que nuestra sociedad tenga necesidad de un grupo al menos con el cual no tener tolerancia alguna; contra el cual pueda tranquilamente arremeter con odio. Y si alguno intenta acercársele —en este caso el Papa— también él pierde el derecho a la tolerancia y puede también ser tratado con odio, sin temor ni reservas”. (Carta de su santidad Benedicto XVI a los obispos de la Iglesia Católica sobre la remisión de la excomunión de los cuatro obispos consagrados por el arzobispo Lefebvre. 10 de marzo de 2009).

Podríamos pensar que al Papa Francisco no le va tan mal (al menos no le roba la correspondencia el mayordomo). Aunque algunos grupos integristas lo tilden de progresista, o directamente de marxista o comunista. Al parecer eso no le duele... lo interesante es lo que, en su discernimiento, sí percibe como una agresión:

“Usted dijo que la ‘franciscomanía’ no duraría mucho. ¿Hay algo de su imagen pública que no le guste?”

“No me gustan las interpretaciones ideológicas, una cierta mitología del papa Francisco. Cuando se dice, por ejemplo, que salgo de noche para ir a darles de comer a los mendigos de Via Ottaviano... Jamás se me ocurriría. Freud decía, si no me equivoco, que en toda idealización hay una agresión. Pintar al papa como si fuese una especie de supermán, de estrella, me resulta ofensivo. El papa es un hombre que ríe, llora, duerme tranquilo y tiene amigos, como todos. Es una persona normal” (Entrevista del Papa Francisco al *Corriere della Sera*, 5 de marzo de 2014).

En esta imagen podemos constatar que lo de pintar al Papa como supermán no es sólo una metáfora:



Si nuestro Señor tuvo que llorar por Jerusalén, que lo rechazaba, no debe sorprendernos que a veces una parte de la Iglesia haga llorar al Papa. Tampoco debe extrañarnos que los Papas traten de corregir, incluso con palabras fuertes, a quien maltrata al ministerio, es parte de su deber, no pueden dejar que las ovejas se extravíen así. Quien comienza rechazando al ministro (el Papa concreto), luego rechazará al ministerio (el Papado), y al final a la Iglesia fundada por Cristo.

“La figura del ministerio instituido por Cristo en la Iglesia tiene en sí, independientemente de la persona que la reviste, la forma de la cruz. Fue instituido para los pecadores, como Jesús vino para los pecadores. Será para ellos piedra de escándalo; y como la «piedra» con que tropiezan es viva y humana, se resiente y sufre los golpes” (363).

Todo el ministerio es piedra de escándalo, porque como pecadores nos resistimos a la corrección del pastor, que a veces debe usar el bastón; además el ministerio tiene que recordarnos, con su autoridad sobrenatural, que como cristianos estamos crucificados para el mundo (cf. Gal 6,14), e invitarnos a seguir a Jesús por el camino de la Cruz (de la cual, dicho sea de paso, siempre queremos escapar).

En el caso del Papa el escándalo es todavía más fuerte, no sólo porque su autoridad es más universal (lleva sobre sí la preocupación por toda la Iglesia), sino también porque cada Papa concreto es un hombre ordinario, falible, pecador, que debe llevar el peso de un ministerio que en su función suprema es infalible.

Ya Pedro se dio cuenta de no ser adecuado para su ministerio: “aléjate de mí, Señor, que soy un pecador” (Lc 5,8). Cada Papa se da cuenta y debe pasar por esa humillación, es parte de la forma de cruz de su ministerio. Pero para cada uno de ellos valen las palabras con las que el Señor respondió a Pedro: “No temas. Desde ahora serás pescador de hombres” (Lc 5,9).

Es el Señor quien hace posible lo que parece imposible. Da a lo que humanamente no “cuadra” (un pescador de Galilea, un hombre pecador que debe representar al Santo y “confirmar a sus hermanos”) la figura de su Cruz: “Tú sígueme” (y esto tras la triple negación de Pedro, pero también tras sus lágrimas y su triple “tú sabes que te amo”).

El ministerio petrino (y todo otro ministerio en la Iglesia), lleva en sí la forma de la cruz. Lo que no significa que sea la comunidad la encargada de crucificar al ministro. Aunque en la práctica muchas veces lo hayamos hecho, quizá no con el Papa (que no nos queda tan a tiro), pero sí con el párroco o el obispo.

Si no le pedimos a Dios la gracia de la conversión, seguiremos crucificando a los ministros. Más los crucificamos, más los maltratamos, insultamos, criticamos, difamamos, más brilla en ellos el misterio de la cruz, de la que siempre queremos huir.

Pero el Señor nos vuelve a plantar su cruz delante. A veces, por gracia del Señor, percibimos la gloria de la cruz en el ministro que maltratamos. Aquí podemos recordar que, justo en el momento más álgido de los ataques contra Benedicto XVI (por lo de los lefevrianos, por lo de la pedofilia de los sacerdotes, por lo del discurso de Ratisbona), el sentido de fe del “santo pueblo de Dios” (que siempre es también un pueblo pecador, y a veces muy crítico) reaccionó: así, por ejemplo, en una visita – completamente ninguneada por la prensa– a la mundanísima Milán, fue acogido por más de dos millones de personas.

Al final, por gracia de Dios, el católico de a pie sabe que si se elimina o menosprecia el ministerio se elimina la seriedad escatológica de la fe:

¿Cómo podría la Iglesia celebrar la Eucaristía, *memoriale passionis Domini*, sin el ministerio, que actualiza y presencializa la cruz en forma visible y sensible, y sin el que la Eucaristía se reduciría a mero memorial sentimental? (366).

Nuestra esperanza es que el Señor, que hace cuadrar el ministerio de pastor de Pedro y sus sucesores (y el de los demás ministros) con la forma de su Cruz, pueda hacer de nosotros, cabritos recalcitrantes siempre dispuestos a tratar a empellones al pastor, ovejas con un poco del sentido del humor de los santos, y por lo tanto más dispuestas a vivir el milagro cotidiano del amor eclesial.

Al final del libro, en la versión española, el P. Balthasar hace ver, citando un texto de R. Kassner, que el secreto para hacer posible la “forma imposible” del misterio petrino está en “hacerse como niño”. Algo que caracterizó a Simón Pedro, y a lo que están llamados también sus sucesores (como todos los cristianos). En el fondo esto no es sino otro aspecto inseparable del “Tú, sígueme” que el Señor resucitado dirige a Pedro: “Pedro, como un niño, viene a ser el reflejo del Niño eterno del Padre” (368 nota 93).

La versión italiana termina con un interesante Epílogo (difícil de interpretar, como contrapunto a la “Leyenda del gran inquisidor”, de Dostoyevski): intitulado “La condena del gran inquisidor”. He aquí su conclusión.

“Está claro *quod erat demonstrandum* [lo que había que demostrar]: que era, es y será posible, también en el ministerio, precisamente en el ministerio, seguir al Señor. Que el primero puede realmente bajar al último puesto, sin eliminar su servicio. Y que las afrentas hechas al papado por los suyos (*popule meus* [pueblo mío]) pueden también restituirle su credibilidad” (362 ed. Italiana).

Luis Guillermo Robles